

Julio Llamazares

ATLAS DE LA ESPAÑA
IMAGINARIA

Fotografías de
Navia

Ilustraciones de
David de las Heras

Babia

Insula Barbaria

Las Balucias

Pinto y Valdemoro

Fuente Ovejuna

*Las ceras
de
Úbeda*

Jauja

Julio Llamazares, curioso pertinente, pintor de paisajes geopoéticos, viaja en persona desde unos tópicos lingüísticos hasta sus orígenes. Contrasta la lírica de la fantasía con la realidad prosaica. Desmitifica la toponimia mágica poniéndoles rostro a los vecinos de carne y hueso que habitan esos lugares. Y no marcha solo en esta aventura. Le acompaña un imaginero de semblanzas, un cazador de horizontes, como es Navia. Ilumina su texto un ilustrador de escenas de cuento como es David de las Heras. Y al final de esta andanza de nuestro escritor, tras cartografiar los confines del atlas de la España imaginaria, los lectores ávidos de odiseas anhelamos disfrutar con su cuaderno de viaje. Necesitados, como estamos, de cuentos al amor de la lumbre, de relatos al solaz de los jardines.



Julio Llamazares

Atlas de la España imaginaria

ePub r1.3

Titivillus 14.11.2018

Título original: *Atlas de la España imaginaria*

Julio Llamazares, 2015

Ilustraciones: David de las Heras

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



PRÓLOGO: Nostalgia del paraíso

NOSTALGIA DEL PARAÍSO

Porque tiene que haber habido alguna vez un paraíso, donde solo el tiempo de disfrute es tiempo. Soportamos la historia en espera de pequeños paraísos, que sostienen a los hombres en su tarea de producción.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Todos hemos soñado con las rarezas de una vida inédita en un reino inaccesible, una isla de libertad que sería, en cierto modo, el fruto de otra distribución de las cosas de la vida.

FERNAND BRAUDEL

En todas las culturas late la nostalgia del paraíso perdido. Unos le han llamado *Edad de Oro*. Otros *edén*. Otros *Divina Comedia*. Pero siempre es un jardín de delicias: preñado de frutos, perfumado de flores. Un oasis donde reinan la paz y la bonanza en una eterna primavera. Donde solo el tiempo de disfrute es tiempo feliz. Donde la naturaleza exuberante y la belleza perfecta encandilan los sentidos.

También en todos los pueblos existe la creencia en un paraíso recobrado. Unos lo han bautizado con el nombre de *Campos Elíseos* y *Hespérides*. Otros, con el de *cielo* y *gloria*. Pues se trata de una recompensa divina solo reservada a los elegidos. Un señuelo de esperanza que hiciese soportable la conciencia trágica de la vida humana.

Esta cosmovisión nació cuando Dios era nuestra madre tierra. Cuando los primeros seres humanos estaban fascinados por la certeza del sexo y el misterio de la vida. Cuando su existencia, desde la cuna a la tumba, era un viaje de regreso al útero, de vuelta a las entrañas de la tierra y de la madre.

Sin embargo, la invasión de la reja del arado no solo hirió los campos vírgenes, sino que obligó a los hombres a perder la dimensión litúrgica que hacía el trabajo soportable. El trabajo que después pasó a ser un castigo de los dioses.

Salir del paraíso supuso caminar en la historia. De ahí que a lo largo de la misma se hayan urdido mitos que prometían el jardín primigenio. Leyendas que empezaban con «*In illo tempore*» en los clásicos, «Erase una vez» en los cuentos, «En tiempos de Maricastaña» en las fábulas. Un lugar ameno donde no existía el dolor ni la muerte y había otra distribución de las cosas de la vida. Una melancolía del más allá adonde queremos retornar: cargados de riquezas los soberbios, ligeros de equipaje los humildes, como nos enseñó el poeta.

El cuento más arraigado en nuestra cultura folclórica es el de Jauja o Cucaña. El sitio por el que Julio Llamazares empieza su geografía humana de los parajes tópicos. Una metáfora de abundancia y permisividad en la Europa de la escasez y la intolerancia. Pues como decía una canción popular: «Nuestro país se llama *pobreza*, donde se baila el baile del hambre».

Su icono más afortunado es el cuadro *El país de Jauja* de Pieter Brueghel, el retratista de los campesinos, donde tres hombres están tumbados a la bartola en un prado bucólico, amodorrados por la glotonería y los placeres. Lo que merma carácter revolucionario a la imagen es que son un clérigo letrado, un soldado y un campesino. Los tres órdenes de la sociedad estamental. Luego Cucaña apenas actúa como una válvula de escape consentida por el poder. Un tópico retórico similar a la Arcadia grecolatina. Un discurso como el que don Quijote largó a los cabreros de Sierra Morena evocando la Edad de Oro «donde no había tuyo y mío».

En sus orígenes Jauja es una isla. Y las islas son ensoñaciones en las que suceden prodigios. Su genealogía viene de lejos. Están presentes en el cuento del *Náufrago* que un escriba compuso en el Egipto antiguo. En el archipiélago heleno, cuya ínsula más misteriosa fue la Atlántida. En los derroteros medievales que recorren los *Libros de las maravillas* de Marco Polo y John Mandeville. En la confusión de un islote con una ballena varada que se revuelve contra los marineros al encender fuego en su lomo. Un episodio repetido en los periplos de san Brandán y en los de Simbad. Una circulación de leyendas entre Oriente y Occidente por mor de las caravanas y las peregrinaciones.

¡Curioso destino el de la Jauja bucólica! Pues al cabo de los siglos pasará a los pliegos de cordel de los buhoneros, al Nápoles empobrecido de Matilde Serao y al *Pinocchio* infantil de Carlo Collodi.

Ahora bien, descendamos junto al autor del mito a la realidad. No hay humo sin fuego. No hay efecto sin causa. Los sitios que describe en su itinerario libresco alumbraron expresiones coloquiales. Los lingüistas han rastreado su etimología. Aunque disienten en su antigüedad y significado. Lo más probable es que se popularizasen en el teatro de la España del Siglo de Oro.

Algunos de estos dichos inspiraron obras literarias: las comedias *La tierra de Jauja* de Lope de Rueda y *Fuenteovejuna* y *Las Batuecas del duque de Alba* de Lope de Vega. La ínsula Barataria sale del ingenio cervantino para poner a Sancho Panza en el brete de la gobernación. El resto pasó a formar parte del lenguaje corriente: «Estás en Babia» o «en las Batuecas», «entre Pinto y Valdemoro» y «te vas por los cerros de Úbeda».

Las gentes de entonces tenían su sentido del oído educado en la voz pública. Merced a los sermones desde el púlpito. A la lectura colectiva en torno al hogar. A los charlatanes callejeros. Y a los ciegos de memoria prodigiosa que relataban en las ferias con un cartelón y un lazarillo por compañeros. De manera que los asistentes a los corrales de comedias iban más predispuestos a oír que a ver. Eran más oyentes que espectadores. Si no, ¿cómo explicar que al pueblo llano le gustaran unas obras tan llenas de mitología y de historia y, para colmo, recitadas en verso? Muy sencillo. Porque las entendía gracias a la divulgación oral de los textos escritos.

Además, las compañías teatrales no tenían mucho presupuesto para vestuario y decorados. De ahí que los empresarios pidiesen a los autores incluir una «decoración verbal» en sus piezas, poniendo en boca de los actores lugares geográficos para situar a la audiencia en la trama. Nuestras Jaujas, Babias y Batuecas se convirtieron así en bambalinas orales de la escenografía. Y desde la Villa y Corte de Madrid fueron llevadas de gira por los cómicos de la legua a los pueblos de las Españas y las Américas.

En el Siglo de Oro, la literatura culta llegó a los sectores populares y viceversa. Las novelas de caballerías se leyeron entre artesanos y campesinos. Los romances fueron recitados tanto por la nobleza como por la plebe. La nueva comedia se representó en los teatros para todos los estados sociales. Andando el tiempo, cuando aumente la alfabetización y los efectos especiales sean más sofisticados, los oidores se volverán espectadores propiamente dichos. De esta forma, el público ya irá al teatro a ver un espectáculo, en el que seguirán citándose estos lugares comunes.

Esta obra no es un diccionario de mundos fabulosos. Los hay en las bibliotecas y son muy buenos. Alberto Manguel y Gianni Guadalupi recopilaron los sitios fantásticos en su *Breve guía de lugares imaginarios*. Umberto Eco hizo lo propio con los escenarios de leyenda en su *Historia de las tierras y los lugares legendarios*. Gregory Claeys historió la búsqueda de sociedades ideales en su *Utopía. Historia de una idea*.

Todos ellos catalogan algunos territorios virtuales de la literatura fabulosa. En cambio, Julio Llamazares, curioso pertinente, pintor de paisajes geopoéticos, no se queda en la evocación de hablillas populares. Viaja en persona desde unos tópicos lingüísticos hasta sus orígenes. Contrasta la lírica de la fantasía con la realidad prosaica. Desmitifica la toponimia mágica poniéndoles rostro a los vecinos de carne y hueso que habitan esos lugares. Y no marcha solo en esta aventura. Le acompaña un imaginero de semblanzas, un cazador de horizontes, como es Navia. Ilumina su texto un ilustrador de escenas de cuento como es David de las Heras.

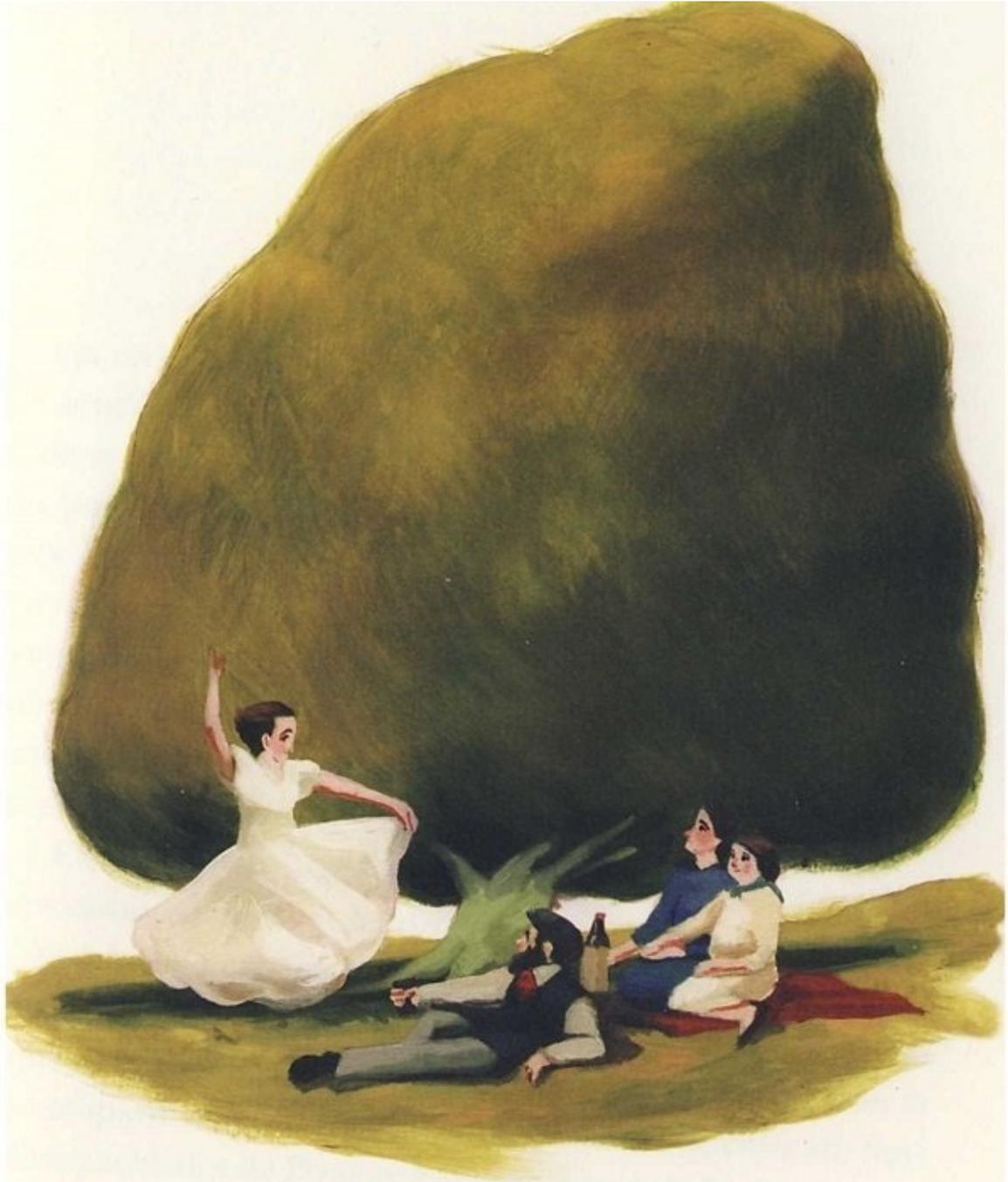
Y al final de esta andanza de nuestro escritor, tras cartografiar los confines del atlas de la España imaginaria, los lectores ávidos de odiseas anhelamos disfrutar con su cuaderno de viaje. Necesitados, como estamos, de cuentos al amor de la lumbre, de relatos al solaz de los jardines.

Ahora, escarmentado por los desgarrones del tiempo y de la vida, me pierdo en este nuevo libro de las maravillas para soñar con el país de Jauja. Percibo su libertad. Gozo de su indolencia. Y descubro sus bondades. Porque sé que morar en esta quimera alivia la angustia humana: como el pan cotidiano que distrae el hambre; como el cuerpo amado que deleita la carne. Mi hambre, mi carne y mi angustia. Mi nostalgia del paraíso perdido.

PEDRO GARCÍA MARTÍN

Los textos que componen este libro, así como las fotografías que los acompañan, se publicaron por separado en el *Magazine* del periódico *La Vanguardia*.

Esta es la primera vez que aparecen reunidos.



Este
es
Jauja

Jauja no es jauja. Jauja es un pueblo de apenas 1000 habitantes situado en la frontera entre Córdoba y Sevilla que poco o nada se diferencia de cualquier otro de Andalucía. Nada que ver, por tanto, con el imaginario lugar que Lope de Rueda describe en *La tierra de Jauja*, el paraíso donde a la gente le pagaban por dormir, los árboles daban buñuelos en vez de fruta y las calles estaban pavimentadas con yemas de huevo. La Jauja cordobesa (que rivaliza con la otra Jauja, la de Perú, mayor y más conocida, por ser la verdadera del cuento) es un poblacho andaluz ni mejor ni peor que todos los de su tamaño.

En la pequeña aldea cordobesa, un remoto lugar perdido entre olivares a la vera del río Genil, en el corazón geográfico de Andalucía, la gente, sin embargo, no tiene duda alguna de que el refrán se refiere a ella, por más que la Jauja peruana (con la que está hermanada desde hace tiempo, por cierto, y con la que comparte el escudo heráldico, prueba de que entre sus fundadores, soldados de Pizarro, hubo alguien de la Jauja cordobesa) se arroge la titularidad del cuento por su lejanía y su mayor relevancia como ciudad. Las razones que esgrimen los cordobeses son dos fundamentalmente: el carácter español de los alimentos que se mencionan en el célebre paso de Lope de Rueda (los mazapanes, los pollos, los capones, las perdices, los requesones untados en miel, los merengues y natillas que se funden con las lonchas de tocino, las mantecadas y los buñuelos) y, sobre todo, la condición andaluza del autor de *La tierra de Jauja*, cuya vida transcurrió entre Sevilla, donde nació, y Córdoba, donde murió, representando obras de teatro por los pueblos de la zona, lo que sin duda le llevó a conocer la Jauja andaluza. Razones ambas que avalan varios autores, como el historiador Manuel Moreno Alonso, quien no duda en identificar la Jauja de la leyenda con la cordobesa, aunque otros prefieran dejar la duda en el aire, situándola en el territorio puro de la imaginación. Y es que en su obra Lope de Rueda no da ninguna pista geográfica precisa; al contrario, la tierra que describe es tan fabulosa que difícilmente podría tener una concreción real.

En *La tierra de Jauja*, Lope de Rueda, en efecto, nos habla de un lugar en el que a la gente se le paga por dormir, se castiga a los que trabajan, hay un río de miel y otro de leche (y, entre medias, una fuente de manteca y requesones), los árboles producen buñuelos, las calles están pavimentadas con yemas de huevo y pasteles con lonchas de tocino, los asadores al aire libre tienen trescientos pasos de largo y, en fin, las gallinas, los pavos y las perdices, así como los mazapanes, los merengues y las confituras se dan con

tal prodigalidad que ellos mismos tienen que pedir que alguien los tome: «¡Comedme! ¡Comedme!», suplican los alimentos, ofreciéndose libremente a los hombres. Como en el país de la Coccagne francés o en el italiano de la Cucagna (que dieron origen a la palabra que nombra al poste untado de grasa y con un regalo en la punta para el que logre llegar a él y cogerlo que se disputa en las fiestas de muchos pueblos de Europa), en la tierra de Jauja todas las maravillas son posibles, puesto que todas nacen de la imaginación. Y la imaginación no tiene patria, que se sepa.

En la pedanía de Jauja, a pesar de ello, los vecinos insisten en que es la auténtica de la leyenda, incluso añaden otro argumento a los anteriores para demostrar que es así: como en el paso de Lope de Rueda, en el pueblo hay dos arroyos que cruzan el caserío y, aunque no lleven leche y miel como en aquel, sí son de color blanco, uno, y marrón terroso, el otro. El arroyo *Blanco* y el arroyo *Colorao* los llaman, de hecho, por el color de sus aguas, cuando las tienen. Lo que no impide que algún jaujeño sonría cuando alguien le pregunta si es verdad lo que se cuenta de que en su pueblo se come y se bebe y no se trabaja. «Venga usted conmigo a la huerta o, en el invierno, a la aceituna, y verá si se trabaja o no».

Y es que la Jauja real come y bebe, no de lo que le cae del cielo, sino de lo que la naturaleza produce a fuerza de trabajarla. La pedanía se asienta en un meandro del río Genil cuyo vado, salvado ahora por un puente y vigilado por una aceña en ruinas, resto de un mejor pasado, le dio su nombre original: *Xauxa*, que en árabe significa «vado», igual que al pueblo vecino, Badolatosa, perteneciente ya a la provincia de Sevilla y en la otra orilla del río, se lo dio en castellano. El cultivo del olivar, que cubre el paisaje entero, ocupa a toda su vecindad, aunque la feracidad del río Genil, que pasa al pie de sus casas, le permite cultivar algunas huertas cuya prodigalidad quizá justifique su conversión en fábula y fantasía. Las hortalizas y las verduras, así como los frutales, se dan en ellas en abundancia. Hay también un par de industrias, una de fabricación de cubas para la fumigación agrícola y una cooperativa aceitera, que completan la economía del pueblo, pero todo eso no es suficiente, no ya para hacer de Jauja ese paraíso que la gente imagina al oír el nombre, sino para alimentar a sus mil vecinos. De ahí que muchos emigraran a otras zonas, tanto de España como del extranjero, como en tantos otros pueblos andaluces, y que los que resisten subsistan a duras penas con las rentas del trabajo temporal (del olivar o del algodón, en otras zonas de la región) y de las peonadas del Plan de Empleo Rural, ese subsidio andaluz que socorre a los jornaleros sin tierra. Como me señaló en el bar uno de estos

mirando el pueblo por la ventana: «La gente decía que aquí atábamos a los gatos con longanizas. Y lo que hacíamos eran longanizas con los gatos, del hambre que pasábamos, que es distinto».

Ahora, el hambre, por fortuna, como las de Honzibera y Panarizo, los dos pícaros bribones que en el paso de Lope de Rueda la solucionan engañando con el cuento de Jauja al infeliz labrador Mendrugo, al que comen la merienda mientras hablan, ya no es más que un recuerdo entre sus gentes, que asisten entre curiosas y escépticas a la llegada al pueblo de algún turista deseoso de conocer el lugar que dio origen a la fábula y, también (aunque esto muchos lo ignoren antes de llegar a él), a la leyenda del bandolero andaluz más famoso, el célebre *Tempranillo*. Que aquí nació, en una humilde casa que todavía se mantiene en pie, con una placa alusiva sobre la puerta, el año 1805 y aquí fue bautizado, en la iglesia parroquial de San José, con el nombre de José María Pelagio Hinojosa Cobacho antes de que, al correr de los años, se emboscara por estas sierras impenetrables huyendo de la justicia tras haber dado muerte a un hombre en circunstancias no muy precisas cuando aún era un adolescente, de ahí su apodo popular. Un bandolero de leyenda que, junto con el nombre del sitio, atrae a turistas a un pueblo al que, de otra manera, no llegaría ni uno. No es de extrañar, por ello, que sus vecinos, que siempre consideraron a su paisano un bandido bueno, una especie de Robín Hood local que robaba a los ricos para dárselo a los pobres («¡Qué maravilla! / ¡Quinientos migueletes y no le pillan!... / ¡Qué maravilla! / ¡Le buscan por Lucena y está en Sevilla!...» dice la copla popular), le consideren su personaje más destacado y presuman de él hasta el punto de que su imagen a caballo, que pintó el inglés John Frederick Lewis, quien viajó expresamente desde Inglaterra hasta Andalucía para conocerlo, señala hoy los lugares en que transcurrió su vida, en un territorio que va de Jauja a Corcoya, en la provincia de Sevilla, en cuya ermita de la Fuensanta *el Tempranillo* y sus hombres recibieron el indulto del rey Fernando VII, quien, ante la incapacidad de acabar con ellos, prefirió devolverlos a la legalidad, y de la ermita de la Fuensanta al cortijo de Buenavista, cerca de La Alameda de Málaga, donde un antiguo compañero, *el Barberillo de Estepa*, lo asesinó cuando apenas contaba treinta y dos años. Incluso se celebran en Jauja cada año en su memoria unas jornadas de estudio del bandolerismo andaluz a las que acuden historiadores e interesados del mundo entero.

Fuera de eso nada distingue a Jauja de otras aldeas ni la saca de su monotonía habitual. Entre el trabajo de la aceituna, en invierno, y el cultivo de los huertos que el río Genil bendice, en época de buen tiempo, los días

pasan iguales para los mil vecinos de este lugar que, por mucho que la leyenda quiera, en nada se parece, no ya al paraíso perdido que Adán y Eva disfrutaron antes de ser expulsados de él ni a la representación fantástica que de su recuerdo hicieron a lo largo y ancho de la historia los diferentes pueblos de Europa, desde el país de la Cocaigne francés o el italiano de la Cucagna ya mencionados hasta el del Lubberland británico (donde, según quienes alcanzaron a verlo, todos gozan de lo que aquí solo disfrutaban unos pocos) y que es el mismo que el Luilekkerland holandés, ese lugar fabuloso al que se accede excavando una montaña de papilla y en el que, como sucede en todos los demás, los cerdos se pasean con el cuchillo en la mano para que el que se los encuentre pueda trincharlos y de las casas y de los árboles cuelgan todo tipo de pasteles y de tartas, sino de la humilde Tierra de Jauja que Honzibera y Panarizo, los dos vagabundos de Lope de Rueda, inventaron para engañar al pobre Mendrugo y comerle la merienda y que tiene más que ver con la necesidad y el hambre españolas que con la evocación de la Edad de Oro platónica o de la Arcadia feliz que cantó Virgilio. Lo que no impide que, mirando los huertos del río Genil, alineados y cuidados como si fueran cuadros pictóricos, entre los setos y las espadañas, uno crea escuchar las voces de los guisantes, de las judías, de los tomates diciendo: «¡Cómeme!», como en el paso de Lope de Rueda ocurría.



En
Babia

Cuando los reyes de León, hombres de acción y de pelea más que sabios y prudentes gobernantes, comenzaban a estar cansados (en los escasos periodos de su vida en que no andaban haciendo la guerra por el mundo) de las luchas e intrigas palaciegas, llamaban a sus hombres de confianza, enfundaban sus armas, montaban en sus caballos y se iban a Babia a descansar y a practicar en sus bosques el deporte de la caza, su actividad preferida. Babia, la bellísima comarca que baña el río Luna y preside la imponente Peña Ubiña con su perfil calizo y fantasmagórico (sobre todo en las noches de nieve o de luna llena) ofrecía en la Edad Media múltiples alicientes para la caza y, como todavía hoy, espléndidas condiciones para la cría y la doma ecuestres (Babiaca, el legendario caballo del Cid, era, según la tradición, de allí, de ahí su nombre), y no es raro que los reyes leoneses prodigasen sus visitas a la zona, dando origen de ese modo a una expresión que, contra lo que muchos piensan, no es sinónimo de inopia o de ignorancia, sino de ensimismamiento, puesto que se refiere al deseo de los reyes leoneses de permanecer al margen de las luchas e intrigas palaciegas. «¿Dónde está el rey?», se preguntaban los cortesanos cuando, al cabo de algunos días, comenzaban a echarlo en falta. «Está en Babia», era la contestación. (Otra interpretación de la expresión, sin duda menos real —en el sentido regio del término—, mas no por ello menos verosímil, se refiere a los pastores trashumantes, de los que Babia ha dado cientos de miles, que, en las largas noches de invierno en Extremadura, donde permanecían hasta ocho meses cuidando de sus rebaños lejos de sus familias y de sus pueblos, se quedaban abstraídos junto al fuego, ensimismados, momento en el que sus compañeros extremeños les preguntaban si estaban en Babia; y aún hay una tercera que, siguiendo el mismo modelo, habla de los maestros babianos del XIX, aquellos maestros Ciruela anteriores a la existencia del magisterio profesional que, como los pastores trashumantes, se contrataban en las aldeas de Asturias para dar clase, por años, igual que aquellos).

Fuera cual fuera su fundamento, la verdadera razón de su origen, la expresión *estar en Babia* caló tan hondo en nuestro lenguaje que no solo se extendió por España y por toda Hispanoamérica, donde también se usa habitualmente, sino que convirtió en un país fantástico a la bella comarca leonesa. La mayoría de las personas que utilizan la expresión piensan que Babia no existe realmente.

Pero Babia es un lugar real. Situado al noroeste de León, en la frontera con la vecina Asturias, ocupa dos grandes valles y algún otro más pequeño del corazón de la cordillera Cantábrica que albergan veintiocho aldeas dedicadas en su mayoría, hoy como ayer, al pastoreo y a la ganadería. Las características del territorio, situado a una altura media de 1200 metros y tapizado de extensos prados y pastizales, impiden otra dedicación a su gente, salvo la de la minería del carbón en la Babia alta y el turismo estacional en el verano, cada vez más abundante y numeroso. Porque su paisaje es espectacular. Rodeada de cumbres de más de 2000 metros y recorrida por mil arroyos y riachuelos (guarda también varios lagos), Babia semeja un verde tapiz alpino en el que los animales y las personas parecen formar parte de la decoración. Sobre todo en primavera, cuando sus prados se llenan de flores, o en el invierno, cuando la nieve la cubre entera. No es extraño que muchos escritores, desde el santanderino Víctor de la Serna, quien la recorrió en los años cincuenta del sigloXX, a los babianos de nacimiento o adopción Guzmán Álvarez y Luis Mateo Díez, autores, respectivamente, de una tesis doctoral sobre el arcaico habla de la comarca, el último reducto del bable asturleonés en la provincia de León, y de un «Relato de Babia» que es todo un canto de amor a sus habitantes, hayan visto en ella un remedo humilde de la evocadora Arcadia de la mitología: «Hay como una huella de nieve en el reducto originario de esta tierra, un rastro de humo que mana de las hornas en los amaneceres del pasado. La luz velada del albor iluminando las camperas silvestres, donde pacen aquellas vacas grandes, coloradas, de pesada ubre. El rebaño desperdigado por las laderas, hasta el seto de las lamas, como un tropel de manchas quietas vigiladas por los mastines. Una huella de nieve prendida en el rastro de la memoria que se confunde con el rastro del sueño» escribe de ella, por ejemplo, Luis Mateo Díez, aunque hay otros narradores, como el berciano romántico Enrique Gil y Carrasco, que le contradice: «Babia es un país triste, desnudo y riguroso por el invierno, pues ocupa la mesa de las montañas y no cesan en él por entonces las nieves y las tormentas». Si bien añadía a continuación: «Sin embargo, las praderas de esmeralda que verdeguean por las llanuras, sus abundantes aguas, la alineación simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza y los leves vapores que levanta el sol de verano de sus húmedas praderías contribuyen a darle por entonces un aspecto vago y melancólico, que solo se encuentra en algunos paisajes del norte».

¿Con qué nos quedamos, pues? ¿Con que Babia es un país bucólico, lleno de encantos y de maravillas, como uno imagina por la expresión popular que

lo hizo famoso, o con que, por el contrario, es un lugar triste, como escribió Enrique Gil? Pues con ambas dos cosas, diría el viajero imparcial que, a despecho de opiniones y de imágenes preconcebidas, se adentra por vez primera en el país, bien procedente de León tras cruzar el pantano de Barrios de Luna, ese gran vaso de agua fluvial que atraviesa por un puente de tirantes —el primero en su estilo que se construyó en España—, la autopista que continúa hacia Asturias; bien procedente de esta región, a través de los puertos de Ventana o de Somiedo. Por cualquiera de esos lugares, el viajero se encontrará de frente con un paisaje hermosísimo que le maravillará tanto por su espectacularidad como por su disposición. Pues, estando Babia, como está, en pleno cordel de la cordillera y teniendo, como tiene, una altura media de más de 1200 metros, que alcanza los 1500 en algunas zonas (La Cueta, una de sus aldeas, es la más alta de la provincia de León), sus valles son muy abiertos, al contrario que los que les rodean, que son mucho más abruptos y cerrados. Lo cual les da, aparte de mayor riqueza (sus vegas son infinitas), un aire más apacible, como de paraíso escondido; un aire al que contribuyen la visión de los caballos y de las vacas que pastan en sus praderas en todo tiempo y la estampa de unos pueblos bucólicos y serenos en los que la vida pasa sin sobresaltos y de cuyas chimeneas el humo sube en invierno como si fueran señales de un tiempo antiguo.

Y es que Babia, amén de un país rico, es tierra de larga historia. Historia que se remonta a sus primeros pobladores, aquellas tribus ariscas que habitaban la región a la llegada de los romanos, contra los que combatirían a sangre, y que continúa luego, por un cordón umbilical infinito, de la mano de pastores y de reyes, de campesinos y de eclesiásticos, de ganaderos y de artesanos, hasta llegar al día de hoy. Porque Babia, a pesar de su pequeñez, ha sido siempre tierra de grandes hombres y mujeres, como prueban los palacios y casonas solariegas que dominan con sus torres las estampas de sus pueblos y que construyeron personas como el que fuera obispo de México en el siglo XVII, el famosísimo cardenal Lorenzana.

Y es que los babianos son, aparte de inteligentes, aficionados a recorrer el mundo. Quizá por el hábito de la trashumancia, que los obligó siempre a salir de su región, los babianos la han abandonado a menudo para conocer otros lugares y países y para emprender negocios en ellos; siempre relacionados, eso sí, con los productos de su comarca. Así, babianos fueron los fundadores de las primeras mantequerías de Madrid, que se abastecían de mantequilla desde León, como también las perfumerías (todavía existen varias en activo, como la famosísima Álvarez Gómez), para cuyos productos utilizaban flores

de su comarca, tan rica en ellas. Pero triunfen o no triunfen, les vaya bien o mal en los negocios, se hagan ricos o se arruinen en la empresa, los babianos regresan siempre a su tierra, ya sea de modo temporal, en las vacaciones, o definitivamente, a la vejez, empujados por esa extraña melancolía que les hace *estar en Babia* allí donde estén, ayudando de esa manera a la economía de la comarca y de sus aldeas. Gracias a ello y a la ganadería, que es muy pujante, los 1500 babianos que, según los censos municipales, habitan Babia en la actualidad pueden seguir disfrutando de un territorio que permanece prácticamente igual que hace siglos, cuando los reyes lo frecuentaban, y de unos pueblos y unas aldeas que, contra lo que sucede en otras comarcas leonesas, han conservado su arquitectura y su estampa antigua. Porque el babiano está orgulloso de su tierra, por más que a veces le gasten bromas a causa de ella, de la misma manera en que lo está de que se hiciera famosa en todo el país. Aunque fuera por una expresión confundida y que a muchos ha hecho creer que no existe realmente.

Pero existe, vaya si existe. Ahí están para demostrarlo, imperturbables entre las peñas y los recuerdos de su pasado altomedieval, pueblos tan bellos como San Emiliano, como Villasecino, como Torrebarrio, como el alto y escondido Torrestío, ya en la frontera con Asturias, con la que tiene gran relación. Ahí están La Majúa y Riologo, este con su palacio reconstruido que hoy es sede de la asociación de turismo local, y Truébano, con su molino y su hospedería de frailes escurialenses, y Cabrillanes, la capital de la Babia alta, y Huergas, en cuyos prados la leyenda quiere que pastara en libertad Babieca cuando los hombres del rey de León lo capturaron. Y ahí están, en fin, más arriba, dando ya vista a la comarca minera de Laciana, con la que limitan, Quintanilla y Piedrafita, y el santuario mariano de Garrasconte, y los tres barrios de La Cueta, la diminuta aldea junto a la que nace el Sil y en la que ya solo queda una familia en el invierno, sin temor a los aludes de nieve y al aislamiento. Aparte de esos pueblos, todos de gran belleza y antigüedad, una serie de ermitas y ruinas, como las del legendario castillo de Mena, el que servía, según la tradición, de residencia a los reyes leoneses en sus estancias en la comarca y frente al cual practicarían la doma ecuestre, su otra actividad preferida junto con la de la caza, completan un panorama tan misterioso como apacible, tan dulce como melancólico, que, ciertamente, a veces hace dudar de si Babia existe en verdad o es una invención poética, una fantasía romántica que, a fuerza de repetida, se ha convertido en leyenda. Uno, de hecho, aunque la ha visitado numerosas veces, sigue teniendo la sospecha de si no lo será de verdad.



Entre
Pinto y Valdemoro

Entre Pinto y Valdemoro es ese lugar extraño en el que todos hemos estado más de una vez, aun sin saber dónde se encuentra en el mapa. Muchos sin saber, incluso, que el lugar existe realmente.

De dónde viene esa confusión es asunto sencillo de entender. De tanto evocar su nombre, ese territorio incierto que lo mismo sirve para ejemplificar un pronóstico incierto que para nombrar una indecisión, ha terminado por convertirse, como les pasara a Jauja y a Babia, en un lugar irreal, a mitad de camino entre la imaginación y el cuento. Un lugar tan impreciso como su propia localización real.

Pero tanto Pinto como Valdemoro, sus dos referencias geográficas concretas, existen y aparecen en los mapas, uno muy cerca del otro, separados por apenas seis kilómetros, en la provincia de Madrid. Luego esos seis kilómetros que atraviesan la autovía y la línea ferroviaria que unen la capital de España con el sur serían exactamente el lugar que nombra la frase hecha. Pero ¿por qué este sitio y no otro? ¿Por qué este lugar de paso y nada atractivo precisamente (al contrario, pocos sitios habrá tan anodinos en Madrid, por no decir en España entera) fue elegido por la gente para metaforizar la indefinición o un pronóstico impreciso de futuro?

Como sucede siempre en estos asuntos, las explicaciones que se han dado son muy diversas. Hasta media docena al menos se han esgrimido, como señala el historiador Florentino Castañeda, que ha dedicado parte de sus desvelos a averiguar el origen del popular dicho. De ellas, la más extendida entre los vecinos de los dos pueblos que este ha hecho conocidos en España es la que habla de un antepasado suyo que, amante de la bebida y frecuentador, por ello, de las tabernas de ambos lugares, acostumbraba a entretenerse, en sus idas y venidas de uno a otro, saltando un riachuelo que marcaba la frontera entre los dos al tiempo que se jaleaba a sí mismo: «¡Ahora estoy en Pinto, ahora en Valdemoro!... ¡Ahora estoy en Pinto, ahora en Valdemoro!...», hasta que, una de esas veces, quizá con más vino encima de lo acostumbrado, se cayó en medio del arroyuelo, viéndose obligado a corregir su frase de ánimo: «¡Y ahora estoy entre Pinto y Valdemoro!». Versión que avala José María Iribarren, el autor de *El porqué de los dichos*, una monografía que recoge e intenta explicar los españoles más conocidos, quien sostiene que *estar entre Pinto y Valdemoro* es «estar medio borracho o entre dos luces».

El origen etílico de la frase se repite en otra explicación de ella, la que

habla de Pinto y de Valdemoro como lugares productores de vinos de no gran calidad, pero sí muy populares en Madrid, cuyas clases bajas los consumían por ser baratos y que ironizarían de esa manera sobre su graduación, aunque hay que señalar, para disgusto de los vecinos de los dos pueblos, que son quienes mayoritariamente sostienen esas versiones, que ni en sus territorios hubo jamás tanta viña ni existió nunca un riachuelo lo suficientemente caudaloso como para que ninguna persona, por muy borracha que estuviera, se cayera en él. Así que hay que acudir, como pasa casi siempre en estos casos, a versiones menos imaginativas; en concreto, a las que tienen por protagonistas a los reyes, como sucedía en Babia. En el caso de Pinto y Valdemoro, bien a Fernando III el Santo de Castilla, quien en el siglo XIII asistió, según proclama la historia, a la colocación de los hitos de la demarcación que asignó Valdemoro a Segovia y Pinto a Madrid, zanjando así una vieja disputa fronteriza entre ambos pueblos, bien a sus sucesores de los siglos XVII y XIX, quienes, en sus desplazamientos de ida y vuelta hasta Aranjuez, donde tenían su corte de verano, solían parar a comer y a dejar que descansasen entre tanto los tiros de sus carrozas en una venta que había en el punto intermedio del camino, que coincidía con el del recorrido entre Pinto y Valdemoro. De ahí que se popularizara el dicho de que estaban en ese lugar cuando alguien lo quería precisar.

Sea cual sea la verdadera explicación de él (para las últimas hay pruebas fehacientes todavía hoy: a mitad de camino entre Pinto y Valdemoro, aunque perdidos en campo abierto, se conservan dos mojones de los originales de la demarcación fronteriza entre Segovia y Madrid y la condición de lugar equidistante entre la capital de España y Aranjuez se puede comprobar con solo mirar un mapa), lo cierto es que ha tenido más fortuna que el territorio al que se refiere. Al menos en el trayecto que cruza la carretera de Andalucía, que posiblemente sea uno de los lugares más feos y menos indicados para hacer una parada de toda la región.

Y es que la cercanía de Madrid, que avanza como un tumor por la carretera, unida al crecimiento de Pinto y Valdemoro, dos ciudades ya en lugar de pueblos, han convertido aquella en un corredor donde se alinea todo el exudado que generan las grandes urbes en sus alrededores: gasolineras, naves, líneas de alta tensión, almacenes, talleres, chatarrerías... Y, entre ellos, con sus neones parpadeando al paso de los camiones y de los coches, clubs de alterne de estética inconfundible y rótulos sugerentes y residencias de ancianos en las que estos viven sus últimos días, ellos sí, entre Pinto y Valdemoro de verdad. Igual que les pasa a los presos de la moderna cárcel de

Valdemoro, que se levanta entre unas ruinas y una gran plataforma logística desde la que se distribuyen continuamente productos a una cadena comercial, o a los del centro de recuperación de drogodependientes que comparte espacio con ella. Ciertamente, el territorio entre Pinto y Valdemoro no es ni la Arcadia feliz ni la ensoñadora Babia que a alguno le habría podido sugerir la popularidad del dicho.

Lejos de la carretera, el paisaje es menos inhóspito, aunque tampoco como para tirar cohetes. La pobreza del territorio, de yesos y margas grises, y los escasos cultivos que sobreviven a la explosión urbanística y a la transformación económica de Pinto y de Valdemoro, que en los últimos treinta años han pasado de tener 5000 vecinos entre los dos a los más de 60 000 con que cuentan hoy cada uno, hacen que sean un mar de urbanizaciones y de terrenos abandonados que pronto albergarán edificios también. Solamente hacia el oeste, en dirección a Parla y a la provincia de Toledo, algunas tierras de labor y algún olivar podado dan fe del pasado agrícola de los dos pueblos.

Como su territorio, estos tampoco son de una gran belleza. Al contrario, por más que sus Ayuntamientos pretendan venderlos como segundas residencias por su cercanía a Madrid y las guías turísticas los reclamen como lugares a visitar, ni Pinto ni Valdemoro tienen mucho que ofrecer, desde el punto de vista monumental al menos. Y eso que Pinto presume de ser el centro de la península ibérica en perjuicio del Cerro de los Ángeles o de la propia Puerta del Sol de Madrid (su nombre derivaría, según tradición, del latín *punctum*, esto es, «punto de encuentro», y así lo recoge su escudo: un globo terráqueo con un punto en el medio), una creencia que el pueblo debe a los árabes, quienes, siguiendo posiblemente la tradición, situaron en él el centro de la península, en concreto en un lugar bajo el que habrían enterrado los instrumentos de medición como prueba de ello y que hoy señala un monolito bastante feo. Por lo demás, de su pasado Pinto apenas conserva ya, aparte de la estación del ferrocarril, una de las primeras que hubo en España (la línea entre Madrid y Aranjuez, que es a la que sirve, fue la segunda en trazarse tras la de Mataró a Barcelona, de 1850), y el torreón en el que sufrieron prisión el secretario del rey Felipe III Antonio Pérez y su amante y compañera de traición, la famosa princesa de Éboli. Lo demás es todo nuevo. Y lo mismo le sucede a Valdemoro, que, aparte de una plaza porticada y una pintura al fresco de Goya en su iglesia, solo presume de un caserón de la Inquisición que, en cualquier otro lugar, ni se publicitaría siquiera. En verdad, ni Pinto ni Valdemoro son lugares bendecidos por la historia.

Así que, de no haber sido por la frase hecha que les hizo famosos en todo el país, nadie los conocería. Por eso importa poco su realidad. Sea esta la que sea, los españoles continuarán pensando, que, como Jauja o Babia, se trata de dos lugares fantásticos entre los que se sitúa un espacio, que es el de la indefinición perfecta. Un espacio al que continuarán nombrando, por tanto, puesto que en él pasan mucho tiempo.



La
Insula Barataria

«**D**igo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba *la ínsula Barataria*, o ya porque el lugar se llamaba *Baratario*, o ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar a las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo a recibirle; tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria...».

Así describe Miguel de Cervantes en el capítulo XLV de la segunda parte del *Quijote* la llegada de Sancho Panza a su anhelada ínsula Barataria, el lugar con cuya promesa el loco hidalgo manchego le había convencido para que lo acompañara en sus aventuras y que al fin veía cumplirse. ¡Quién le iba a decir a Sancho, después de tanto esperar su ínsula, que esta iba a hallarla a orillas del río en el que apenas unos días antes había estado a punto de morir al zozobrar la barca a la que don Quijote y él se subieron recién llegados a él, tras dejar a Rocinante y a su Rucio atados a unos sauces de la orilla, para ir en ayuda «de algún otro caballero o de otra necesitada y principal persona que sin duda debía de estar en una grande cuita»!

Según escribió Cervantes, don Quijote y Sancho Panza habían llegado a Aragón a fin de participar en unas justas que se anunciaban en Zaragoza y lo habían hecho siguiendo el curso del río Jalón desde su manantial en tierras de Soria, cerca de Medinaceli, hasta su confluencia con el río Ebro, aguas arriba de la capital. Allí, aparte del chapuzón sufrido y del naufragio del que los salvaron unos molineros y pescadores del río que andaban cerca, la fortuna les hizo coincidir, apenas reanudado su camino por la orilla, con unos cazadores a cuyo frente iban unos duques que, «por haber leído la primera parte desta historia [Cervantes se refiere a su *Quijote*, claro está], en seguida los reconocieron y, con grandísimo gusto y con intención de divertirse a su costa, les invitaron a su palacio».

El palacio aún sigue en pie y todavía es posible reconocer en él las descripciones de Cervantes, que comprenden varios capítulos de la novela, los que don Quijote y Sancho pasaron al amparo de los duques, dedicado el primero a sus tribulaciones y fantasías (que los sirvientes de los duques y estos mismos alentaban) y el escudero a comer y a beber cuanto le ofrecían

mientras trataba de escabullirse a las bromas de aquellos. Bromas y chanzas que se suceden durante varios días y que llevan a don Quijote y Sancho a *volar* en el fantástico caballo de madera Clavileño o a recibir la visita del mismísimo mago Merlín con su séquito de encantadores anunciándoles que Dulcinea, la hermosa musa de don Quijote, había mudado en una rústica campesina a resultas de un encantamiento del que solo él podría sacarla. El realismo con el que Cervantes describe el palacio de Villahermosa, en la villa de Pedrola, hace pensar que lo conoció, como conocería también Alcalá de Ebro, una pequeña aldea al lado del río que pertenecía también a los duques y de la que, siguiendo con sus divertimentos, estos hicieron a Sancho Panza gobernador tras convencerle de que se trataba de una verdadera ínsula: la ínsula Barataria nacida de la calenturienta imaginación de don Quijote. «Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce», reza al pie del monumento que junto al río vigila sus choperas y crecidas de espaldas a la actividad del pueblo. Lo que no quita para que algún vecino se muestre receloso ante el turista que se acerca hasta Alcalá atraído por su fama, quizá temiendo que se ría de él.

Los que se rieron, no obstante, fueron sus antepasados, en la ficción cervantina por lo menos, del pobre gobernador Sancho Panza, al que, siguiendo las instrucciones del duque, los vecinos de Alcalá estuvieron tomando el pelo los siete días que aguantó sin comer ni beber apenas, no fuera que lo envenenaran, y pasando las noches en vela a consecuencia del hambre y de los continuos pleitos y cuitas que le planteaban sus súbditos, así como de los asedios a los que sus múltiples enemigos sometían continuamente a la ínsula, según los hombres del duque. No es de extrañar, pues, que «la séptima noche de los días de su gobierno», harto de tanta desazón y con más hambre de la que le gustaría tener, el pobre Sancho Panza enalbardara a su asno, «que estaba en la caballeriza», y, subiéndose a él, abandonara la ínsula no sin antes decirles a quienes aún trataban de retenerlo con argumentos: «Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias y reinos». Dicho lo cual, Sancho regresó al palacio de los duques y en el que había quedado esperándolo don Quijote, sin saber, según dice Cervantes, si el lugar que dejaba atrás «era ínsula, ciudad o villa».

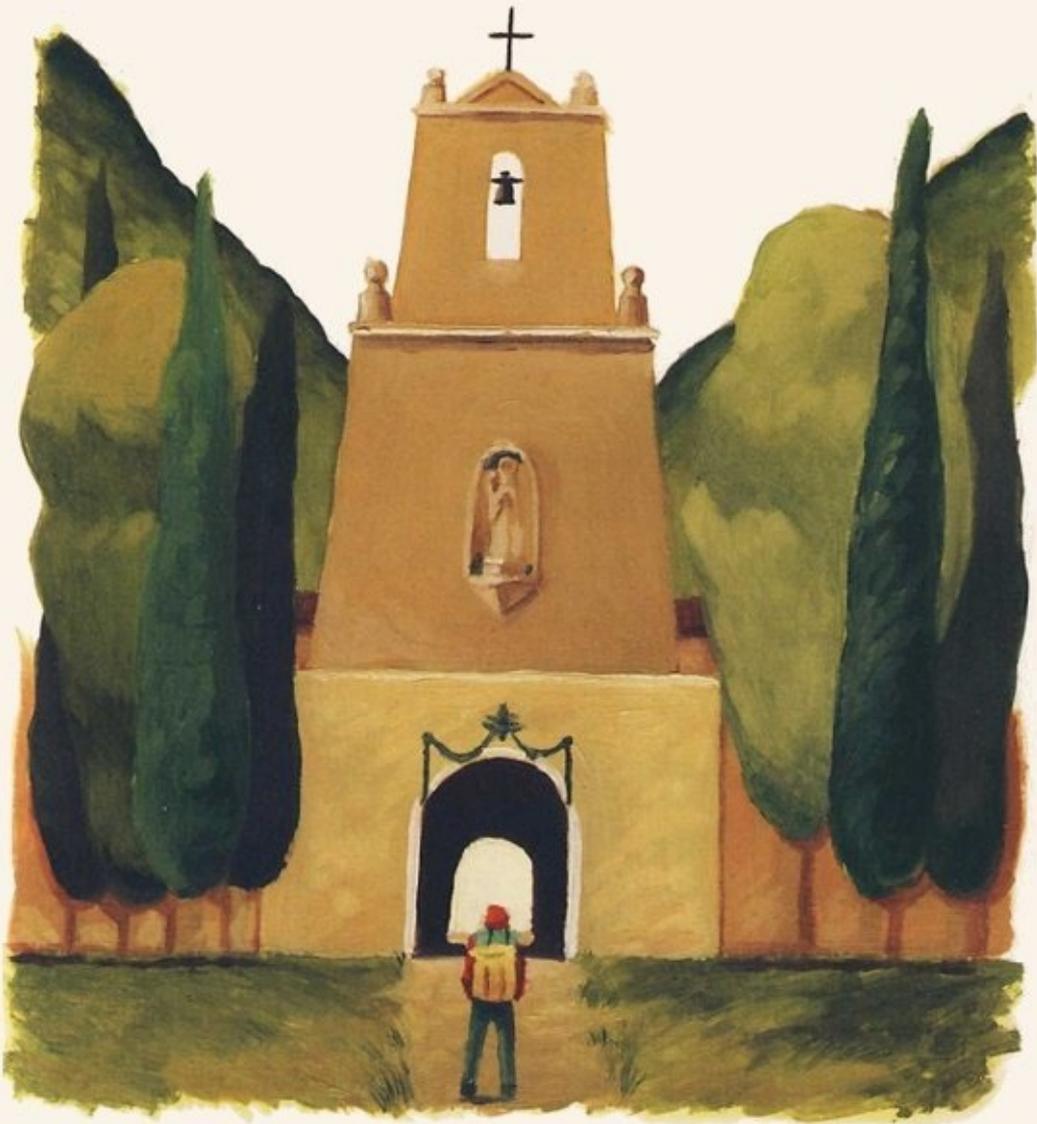
Lo que fuera en aquellos tiempos es imposible saberlo, pero lo que hoy es salta a la vista en seguida: un villorrio de cien casas arracimadas en torno a su iglesia y asomadas a un meandro del río Ebro, que lo rodea hasta hacer de él prácticamente una isla. De hecho, lo llega a ser muchas veces, cuando, por la primavera, el río español más caudaloso se embrava y crece hasta desbordarse. Alcalá, cuya parte más cercana a sus orillas está protegida por muros de contención, se convierte en esas ocasiones en una auténtica isla en medio de las inundaciones.

Y es que el Ebro, en este tramo, baja poderoso y ancho, regando una feraz vega que se extiende por sus márgenes durante varios kilómetros, especialmente por la de su derecha. Maíces, trigos, alfalfas, amén de huertas y choperas (estas inclinadas todas en la dirección del río por el inclemente cierzo), se reparten aquellas camino de Zaragoza, como antes lo hicieran en torno a Tudela. Al fondo, cerros de yeso, muchos de ellos coronados por los molinos eólicos que dan energía a la zona (y que habrían hecho las delicias del hidalgo de La Mancha de haber existido en su tiempo), y, entre medias, viejos pueblos, como Pedrola o Alcalá de Ebro, que combinan el arte de la agricultura con el trabajo en las nuevas fábricas que han florecido por la ribera. Pedrola es grande y de nobles trazas (además del palacio de Villahermosa, de estilo aragonés renacentista, pero con un jardín italianizante, tiene una iglesia mayor en la que, según los libros, hay un cuadro del mismísimo Van Dyck), pero Alcalá es pequeño y humilde, quizá un barrio de colonos de los antiguos duques de Villahermosa. De hecho, todo su caserío se arrima a los restos del palacio o fortaleza que le dio su nombre al pueblo (*Alcalá* es «castillo» en árabe) y que, aparte de servir de residencia a Sancho Panza en la ficción, era la residencia de los duques cuando estos iban de visita.

Fuera de esos pocos restos y de su pequeña iglesia (de ladrillo aragonés y sin nada reseñable en su interior), el resto de Alcalá es tan pobre que hace todavía más cómica la peripecia del pobre Sancho Panza. No es que el pueblo no merezca, como todos, un respeto; es que es tan simple y vulgar que resulta hasta difícil de creer que Sancho Panza lo creyera un reino fantástico por más imaginación que pusiera en ello. Y más mirándolo ahora, cuando el progreso del vecindario, que, como en tantos otros sitios del país, no suele correr parejo con el buen gusto, ha transformado las viejas casas agrícolas o las ha sustituido directamente por otras nuevas, a cual más fea y con peor gusto. Hasta hay una pintada de amarillo que ni en su imaginación más febril el rústico Sancho Panza habría soñado para su ínsula.

Pero el pobre gobernador, cuya solitaria estatua ni siquiera preside la plaza mayor del pueblo, relegada como está al final de este, no solo no puede verla, sino que ni siquiera él mismo recibe más visitas que la de algún lector cervantino y las de los pocos vecinos del pueblo que se acercan a contemplar el río o pasan en sus tractores camino de la ribera. Pocos, puesto que la mayoría de ellos trabajan ya en Zaragoza o en las fábricas de Figueruelas, a apenas unos kilómetros. No es de extrañar que la pobre estatua de Sancho Panza, a la que algún gamberro ha arrancado un dedo que nadie se ha encargado de reponer, produzca una gran tristeza, acurrucado como está de cara al río y de espaldas a las casas de su ínsula, con la cabeza caída sobre el pecho y la mano sujetándola en actitud pensativa. Menos mal que el río Ebro sigue rindiéndole pleitesía, pues mejor gobernador lo habría, pero más honrado no. Oigamos, si no, sus palabras cuando abandonó para siempre su ínsula Barataria: «Vuestas mercedes queden con Dios, y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al contrario de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas».

Amén.



Las Batuecas

Mi Amado, las montañas, / los valles solitarios, nemorosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonoros, / el silbo de los aires amorosos, / la noche sosegada / en par de los levantes de la aurora, / la música callada, / la soledad sonora... Los versos de san Juan de la Cruz encontrarían acomodo en muchos lugares, pero en ninguno como en Las Batuecas, ese pequeño valle perdido al sur de la provincia de Salamanca, en cuya universidad hizo sus estudios el místico fraile abulense y cuyo territorio recorrió en compañía de su paisana santa Teresa buscando sitios para sus fundaciones.

Y es que el aislado valle de Las Batuecas, del que, según se dice, tardó en tenerse noticia, tan escondido está entre los montes, resume como ninguno el ideal de paz y felicidad al que se referían los versos del carmelita. Surcado por el río de su nombre y rodeado por altas sierras y cordilleras, Las Batuecas se aparece ante el viajero más como un sueño que como un lugar verdadero. Su situación de aislamiento, su falta de comunicaciones y la frondosidad de sus viejos bosques, que acogen cientos de especies, tanto animales como botánicas, hacen de él un verdadero paraíso al estilo del que recrea san Juan de la Cruz en su poesía. No es extraño, por ello, que sus seguidores lo eligieran para retirarse en él continuando el ejemplo de aquellos monjes de la Edad Media cuyas ermitas ruinosas aún pueden verse entre la vegetación.

El monasterio de los carmelitas, llamado *el Santo Desierto de San José* por el personaje del Evangelio a cuya advocación se acoge, es el único edificio que se alza en todo el valle de Las Batuecas. El resto es puro bosque y serranía donde uno puede perderse durante horas. De ahí quizá la leyenda que el valle arrastra de antiguo y que nombra un estado de extrañamiento semejante al de *estar en Babia*. *Estar en Las Batuecas*, o *perdido en Las Batuecas*, se le conoce también, aunque no sea tan popular y famoso.

Sin embargo, aunque las dos expresiones vienen a decir lo mismo, *estar en Las Batuecas* se diferencia de *estar en Babia* en su carga de mayor misterio; un misterio al que contribuyó quizá el uso del término *batueco* como sinónimo de retrasado en tierras de Extremadura y de Salamanca hasta épocas aún recientes y que alimentarían esas leyendas que sobre el valle circularon por las aldeas vecinas durante siglos: que quienes vivían en Las Batuecas lo hacían en estado natural y primitivo, que adoraban al diablo y andaban medio desnudos, que los pastores no se atrevían a acercarse al valle, del miedo que le tenían, etcétera. Incluso se sostenía que Las Batuecas había permanecido sin contacto con la civilización, como las selvas del Amazonas, hasta bien

avanzada la historia, cuando un paje y una doncella de la Casa de Alba lo descubrieron, según unas versiones, en tiempos de los Reyes Católicos y, según otras, en los de su descendiente el rey Felipe II. Una leyenda que inspiró a Lope de Vega su obra *Las Batuecas del duque de Alba*, en la que narra la historia del paje y la doncella descubridores del remoto valle, pero sin explicar qué hacían solos por allí.

Hoy, Las Batuecas, cuyo conocimiento popular se limita, en la mayor parte de los casos, al de la frase hecha referida, no oculta ya ninguna leyenda ni esconde misterio alguno. Solamente los que guarden los siete monjes que habitan el monasterio de San José y que mantienen la estricta regla carmelitana: no comer más que lo que les da la huerta; ayunar todos los viernes y no hacer más que dos comidas, el desayuno y el almuerzo, el resto de los días; meditar y rezar a cada hora y no hablar más que lo imprescindible. «Dios es el silencio», reza un cartel a la puerta, junto a otras citas literarias de san Juan de la Cruz y de otros autores.

El mito de Las Batuecas viene, por tanto, de mucho más atrás. De tan atrás por lo menos como esas extrañas pinturas que adornan varios de sus abrigos rocosos y que durante mucho tiempo la gente creyó obra del mismísimo diablo. Son trazos rojos, muy esquemáticos, que representan figuras antropomórficas y zoomórficas, así como simples manchas. El de las Cabras Pintás es el más popular de todos, pero hay bastantes más en torno a él. Tantos como ruinas de eremitorios correspondientes a diversas épocas de la historia y que fueron construidos por los ermitaños que habitaron el valle mucho antes que los carmelitas. Quizá intentando sacralizarlo, como sostienen algunos historiadores al hilo de la creencia de que el valle era la boca del infierno, o quizá buscando simplemente vivir en el paraíso que para otros era Las Batuecas.

Para el padre Juan Eusebio Nieremberg, jesuita de origen alemán que vivió en la primera parte del siglo XVII y que publicó una *Curiosa filosofía y tesoro de maravillas de la naturaleza*, por ejemplo, «el argumento que algunos hacen para negar la permanencia del paraíso, o absolutamente o por lo menos en Mesopotamia, de que no se halle ahora, aunque parece fuerte, no concluye, pues vemos que en medio de España se nos ha encubierto por innumerables años unos valles que llamamos ahora *Las Batuecas*, sin saber nosotros dellos, ni los que estaban allí de nosotros». La condesa Stéphanie Félicité de Genlis, escritora francesa del XIX, afirmaba, por su parte, que Las Batuecas eran «un país puro y sagrado, que no mancharon jamás los crímenes

del orgullo y la codicia, y cuyos dichosos habitantes ignoran hasta el nombre de la guerra». Si bien fue Lope de Vega, nuestro primer dramaturgo del Siglo de Oro, el que mejor recogió ese mito del paraíso y lo hizo por boca de tres pastores batuecos, Marfino, Darinto y Friso, que dialogan sobre quién los habrá creado y si habrá algo más fuera de su valle: «¡Ah, Darinto! —dice Friso—, ¿es posible que el que hizo / aquel Sol tan fermoso y rellociente / con la Luna tan blanca y rellanada, / estas fuentes que corren, estos árboles, / estas frutas y caza, solamente / las hizo y las crio para tan pocos?». Un tópico literario que popularizarían después autores tan diversos como Harztenbusch, Unamuno, Montesquieu o George Borrow, el predicador inglés que recorrió la península a mediados del siglo XIX vendiendo biblias.

El mito del paraíso, como el del infierno antes, se ha esfumado con el paso de los siglos (salvo para los monjes que lo disfrutaban quizá), pero pervive en la frase hecha (*estar en Las Batuecas* significa estar en él de alguna forma) y, sobre todo, en la bondad de su clima y en la vegetación que lo cubre por completo. Un clima que dulcifica la profundidad en la que se halla, comparada con las montañas de alrededor, y una vegetación tan variada que hace casi un jardín botánico de él. La sola enumeración de las especies que crecen en Las Batuecas produce una melodía que transporta al paraíso terrenal: cipreses, tejos, higueras, cerezos, mirtos, encinas, eucaliptos, acebos, alcornoques, madroños, robles, nogales... Ciertamente, Las Batuecas está más cerca del paraíso que de la boca del infierno que imaginaron los antepasados de los vecinos de hoy, los habitantes de esas aldeas serranas de Salamanca que se reparten el piedemonte de esa atalaya de vértigo que constituye el punto más alto de la provincia: la famosísima Peña de Francia. Una atalaya que constituye el extremo antagónico a Las Batuecas (un kilómetro de altura los separa), pese a albergar otro monasterio, este de frailes dominicos, y desde el que se dominan todos los pueblos de alrededor: La Alberca, Herguijuela, Madroñal, Sotoserrano, Monforte, Mogarraz, Casas del Conde, Miranda del Castañar... Pueblos viejos, de judíos, con una hermosísima arquitectura que tiene en el granito y la madera sus dos bases principales y con un amor a sus tradiciones difícil de encontrar en otros sitios. Tradiciones religiosas como las de santificar los dinteles de las casas con una cruz o un Ave María o como esa moza de ánimas (hoy ya, una mujer mayor) que recorre cada día las empedradas calles de La Alberca tocando una campanita y pidiendo una oración por las pobres almas del purgatorio, o tradiciones artesanales como las de la guarnicionería o la joyería, ambas de clara influencia hebrea. De ahí quizá la gran presencia de la religión y cuyo

origen está en la necesidad que en tiempos tuvo la gente de probar su conversión a la fe católica.

Los monjes carmelitas de Las Batuecas no necesitan probarla, como tampoco los tres frailes dominicos de la Peña (tan solo uno en el invierno) ni lo necesitaron años atrás los del desamortizado convento de la Virgen de Gracia, junto al pueblo de San Martín, o los de la Casa Baja de El Maíllo, así llamada por ser la residencia durante el duro invierno de los frailes del convento de la Peña. A ellos les basta con disfrutar de la paz del sitio que los acoge mientras la vida pasa muy lejos, del otro lado de la serranía. El cuidado de la huerta, la oración, la vida contemplativa y el retiro individual que de cuando en cuando hacen a las ermitas que salpican las montañas nuevamente como antaño les bastan para ser felices o para intentarlo al menos. Justo todo lo contrario de lo que hacen las docenas de turistas que invaden su soledad buscando el mito de Las Batuecas sin saber que Las Batuecas está dentro de nosotros. Ya lo dijo otro fraile, Luis de León, contemporáneo de san Juan de la Cruz y, como este, residente en Salamanca por algún tiempo: «¡Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido / y sigue la escondida senda / por donde han ido / los pocos sabios / que en el mundo han sido!».



Por
los cerros
de
Úbeda

Cuenta la tradición que, después de la batalla de las Navas de Tolosa, aquella que libraron los árabes y los cristianos por vez primera en Andalucía y que supuso según los historiadores el comienzo del fin de la Reconquista, las tropas moras supervivientes se refugiaron en la ciudad de Úbeda, la mayor y más fuerte de la zona y la que les ofrecía por ello mejor defensa. Y continúa la tradición diciendo que hasta allí les siguieron los ejércitos del rey Alfonso VIII de Castilla (los de Navarra y Aragón, después de la batalla de las Navas de Tolosa, en la que participaron codo con codo junto a aquel, habían decidido regresar hacia sus reinos), poniendo cerco a la ciudad después de destruir varias plazas, como la de Vilches, y todos los castillos que encontraron a su paso.

El asalto se produjo días después y se saldó con una nueva victoria de los cristianos y con la destrucción de la hermosa ciudad de Úbeda. Fue entonces, mientras los asaltantes celebraban con saqueos su victoria y los soldados árabes en derrota volvían a batirse en retirada, esta vez hacia Granada, la capital del reino nazarí, cuando el rey Alfonso VIII reparó en que no estaba entre los suyos uno de sus mejores alféreces, el llamado Álvar Fáñez *el Mozo*. Mandado localizar, este se presentó ante el rey y, ante sus requerimientos, dice la tradición que alegó (para justificar su ausencia de la batalla) que se había perdido por los cerros de Úbeda. Lo que no le dijo a su rey, pero sí cuenta la tradición, es que el motivo de su extravío no eran la cobardía o el despiste, sino los ojos de una nativa que le habían cautivado hasta el extremo de hacerle abandonar la sagrada disciplina militar.

Eso pretende la tradición y eso repiten unánimamente los habitantes de Úbeda cuando se les pregunta por el origen del dicho que ha hecho famosos sus cerros en todo el mundo de habla española. Iribarren, sin embargo, recoge hasta tres explicaciones diferentes además de la citada, la más fiable de las cuales sería para él esa que se refiere a un alcalde de la zona que, en ocasión de dar un discurso y estando, como estaba al parecer, enamorado de una mujer que vivía en los cerros de Úbeda, perdió el hilo de su historia, lo que hizo que alguien, que lo sabía, le llamara la atención públicamente: «Su Excelencia se está yendo por los cerros de Úbeda...», le dijo. Covarrubias, por su parte, en su *Tesoro de la lengua castellana*, atribuye el dicho al hecho de que los cerros de Úbeda «van discurriendo por muchas partes y toman diversos nombres según los lugares por donde pasan», lo que justificaría la facilidad para perderse en ellos, mientras que Correas, en su *Vocabulario de*

refranes, habla, más que de extravíos geográficos, «del que se pierde en la lección de oposición o en el sermón». Sea cual sea el origen de la frase hecha, lo que está claro es que *irse por los cerros de Úbeda*, o *perderse* por ellos, que de ambas formas se dice (Cervantes, en el *Quijote*, añade, incluso, una más: *ser algo tan cierto como los cerros de Úbeda*), significa «extraviarse en el discurso o en lo que uno iba diciendo».

Sobre el terreno también es posible hacerlo. La gran cantidad de cerros, así como la infinidad de olivos que recorren sus contornos por completo, haciéndolos todos muy parecidos, posibilita que el viajero se confunda fácilmente, una vez perdida la referencia de la ciudad, y no sepa en cuál de ellos se encuentra. Y es que el paisaje que envuelve a Úbeda es tan espectacular y mimético: millones de olivos verdes punteando la tierra ocre hasta donde la vista alcanza, que resulta difícil orientarse en él, como no sea mirando al cielo, si uno no reconoce las sierras y cordilleras que lo recortan: la de Cazorla, al sudeste, en dirección a Almería y a Murcia; la de Mágina, hacia el sur, antesala de Granada y de la más alta Sierra Nevada (que asoma en los días claros por encima de la lámina de aquella), y Sierra Morena al norte, en dirección a Despeñaperros y a los pasos de montaña hacia La Mancha. Todo un circo montañoso natural que envuelve el valle del río Guadalquivir, el padre de Andalucía, a su paso por las tierras de Jaén en este punto. Y, en medio de él, un sinfín de cerros sobre los que se encaraman como con miedo las poblaciones que aquí se asientan desde la antigüedad: Torreperogil, Sabiote, Villacarrillo, Jimena, Jódar y las consideradas ciudades y capitales de la región: Baeza y Úbeda. Las dos unidas por su condición de joyas monumentales y arquitectónicas, pero enfrentadas por su rivalidad histórica. Y es que Baeza y Úbeda, separadas tan solo por diez kilómetros (se ven, de hecho, la una desde la otra), compiten desde muy antiguo por la capitalidad del alto Guadalquivir, por encima de la industrial Linares.

De momento, es Úbeda la que se lleva ese reconocimiento tácito debido a su pujanza comercial y a su mayor población real: 40 000 habitantes por los 18 000 escasos de Baeza, si bien esta opone como argumento para rebatirlo su carácter de antigua capital de un reino taifa y su iglesia catedral, que continúa siéndolo gracias a un privilegio papal por más que su antigua diócesis fuese absorbida por la de Jaén hace ya unos cuantos siglos. En cualquier caso, las dos ciudades han sido bendecidas por la historia y por el arte y últimamente también por la comunidad internacional (con el nombramiento de ciudades Patrimonio de la Humanidad), lo que las obliga a permanecer unidas por encima de rencillas y de envidias vecinales.

En Úbeda, de todos modos, sus habitantes casi ni las consideran, orgullosos como están de su ciudad, que sin duda alguna es una de las más bellas de toda España. En *la Florencia andaluza*, como la bautizara alguien por su gran patrimonio renacentista, que, en efecto, recuerda en algunas partes (en la plaza de Vázquez de Molina, principalmente) a la capital toscana, si bien que asentada sobre un plano árabe. Y es que si Úbeda se asemeja a alguna cosa es a un hojaldre de muchas capas; capas en las que se superponen, sobre las piedras de la primitiva Ubbeta, el castro ibérico que estaría en su origen, la herencia cartaginesa, la romana, la árabe, la judía y, finalmente, la cristiana. Que es la más presente hoy por la gran cantidad de construcciones, la mayoría de ellas de estilo renacentista, pero también barrocas y neoclásicas, que engrandecen y adornan la ciudad. La mayoría en su parte antigua, como es normal, aunque también las hay repartidas por las más nuevas, como el impresionante hospital de Santiago, conocido, por su aspecto, como *el Escorial andaluz*. La casa de las Torres, los palacios del Deán o de los Vázquez de Molina, las iglesias de Santa María o del Salvador, los conventos de las Cadenas o de la Anunciación, son solo unos cuantos nombres de las varias decenas de construcciones que se concentran dentro de una muralla que se conserva todavía en su gran parte y cuya puerta principal, la llamada *de Granada*, ofrece una de las perspectivas más bellas de Úbeda, que es decir mucho. Y es que desde esa puerta, como desde las casas que se alzan en torno a ella o sobre la muralla, uno siente la tentación de empezar a andar y, como Alvar Fáñez *el Mozo*, perderse por los cerros que hay enfrente y no volver en un tiempo o no hacerlo nunca más. Sobre todo en el invierno, cuando la recogida de la aceituna reúne en ellos a miles de personas afanadas en el vareo de la aceituna y por todas partes se elevan esas columnas de humo que señalan los lugares donde están quemando las ramas viejas y que semejan ofrendas a un dios magnífico, el magnífico dios de los olivos. No en vano por estos cerros se alinean hasta tres millones de ejemplares de este árbol sagrado y milenario (algunos lo son realmente) que producen ese oro verde cuyo aroma penetrante e inconfundible impregna toda la atmósfera y que permite vivir a los ubetenses con más holgura económica que a aquellos andaluces de Jaén, aceituneros altivos y jornaleros sin tierra propia, que cantara el poeta Miguel Hernández y retratara de modo más melancólico otro poeta, este andaluz, que por aquí paseaba sus soledades cuando, desde la lejana Soria, llegó a Baeza huyendo de sus fantasmas.

Pero Miguel Hernández y Machado no han sido los dos únicos poetas que han cantado a estos cerros en sus versos. Antes que ellos, ya san Juan de la

Cruz los admiró y les cantó cuando vino a restablecerse a Úbeda «de unas calenturillas», cosa que no consiguió, puesto que falleció en la ciudad, en el convento de San Miguel, donde se veneran varias reliquias suyas; y hasta el propio Cervantes los recorrió cuando andaba recaudando alcabalas para el rey, lo que hace que aluda a ellos en algún libro, como en el mismo *Quijote*. Aunque es Antonio Muñoz Molina, escritor nacido en Úbeda, quien mejor y más ha retratado esos cerros cuya fama corre pareja a su halo de leyenda y fantasía: «Recorro los miradores desde los jardines de la Cava hasta el ábside del Salvador y distingo los verdes brillantes y los azules suaves y los grises de niebla de los valles del Guadalquivir, la alta silueta de la sierra de Mágina, borrosa tras la lluvia, los caminos blancos que descienden entre las huertas, hacia los olivares y el río, las columnas de humo...», escribe en una de sus novelas, rememorando quizás ese humo que, como en los olivares de Úbeda en el invierno, se levanta en su memoria y que es el humo de las leyendas que estos cerros alimentan desde siempre y que han cristalizado en esa frase que los ha hecho mundialmente conocidos por representar una de las ilusiones que todo hombre alimenta desde la antigüedad: la de perderse temporalmente o para siempre en un lugar tan recóndito que nadie pueda encontrarlo. Ese lugar existe y está en España. Se llama *cerros de Úbeda*.



Fuenteovejuna

Antes de que en Sicilia se hablara de la *omertà* (el silencio) y de que en Chile y en todos los países oprimidos de la Tierra la gente gritara por las calles que «el pueblo unido jamás será vencido», en una villa de Andalucía sus vecinos acuñaron una frase que es ya un eslogan de la unidad y la solidaridad de los oprimidos contra los opresores: «Fuenteovejuna, todos a una». Fue en el año 1476, cuando alguien mató al comendador del pueblo, un tal Fernán Gómez de Guzmán al que se le atribuían abusos y excesos de todo tipo, aunque el suceso no sería inmortalizado hasta muchos años después, cuando en 1614 Lope de Vega escribió la obra inspirada en ella.

Aunque, a decir verdad, los sucesos no ocurrieron como él los cuenta en su obra. Al menos, no exactamente. Ni siquiera el nombre del pueblo es el de la realidad (este se escribe separado y con *b* en vez de con *v*: Fuente Obejuna), lo cual se explica seguramente porque Lope escribía de oídas y ni siquiera llegó a estar nunca en la célebre villa cordobesa. De ahí que apenas describa sus paisajes (y que, cuando lo hace, confunda las ovejas, que las hay, con las abejas a las que se refiere el nombre; incluso una de ellas campea en el escudo del lugar, junto con su castillo y la cruz de Calatrava, recordando la miel de sus orígenes, la de la Fons Mellaria romana, que fue su nombre primitivo) y que Lope mezcle en su historia la verdadera con la que imaginó. Así, mientras que en la primera el móvil de la revuelta fue la rivalidad entre Córdoba y la Orden militar de Calatrava, a la que pertenecían Fuente Obejuna y todo su término, y de fondo las injusticias sociales, en la comedia de Lope es una cuestión de honor —una mujer ofendida— la que lleva a los vecinos de la villa a levantarse contra el comendador. Como también es fruto de la imaginación de Lope el que se presente a aquel enfrentado a los Reyes Católicos por su apoyo en sus aspiraciones dinásticas a la Beltraneja, lo que justificaría que aquellos dejaran su asesinato sin castigo: «Pues no puede averiguarse / el suceso por escrito, / aunque fue grave el delito, / por fuerza ha de perdonarse», dice en la obra de Lope el rey Fernando el Católico dando por cerrado el caso ante la incapacidad de determinar quiénes fueron los autores de la muerte del comendador, ya que todos los vecinos respondían: «¡Fuenteovejuna, todos a una, señor!».

Seis siglos después de aquellos sucesos, la verdadera Fuente Obejuna sigue orgullosa de la fama que le proporcionaron. Incluso sus vecinos representan cada dos años la obra que los glosó en su moderna plaza mayor, un espacio escalonado de granito cuyo mal gusto comparte con el del panel

cerámico que a los pies del ayuntamiento rinde homenaje a Lope de Vega. Algo que por fortuna se circunscribe solo a ese espacio, ya que el resto de la villa sigue teniendo el aroma de los pueblos cordobeses y andaluces de su entorno, si bien que ya adulterado por algunas construcciones más modernas. Se lo dan ese palacio que domina el caserío por el norte, un gran casón modernista de inspiración catalana insólito en este lugar, pero de gran belleza formal, y la media docena de edificios que destacan sobre el resto, especialmente vista la villa de lejos: la iglesia parroquial, del siglo xv, que ocupa el mismo lugar que el antiguo castillo de la villa (de ahí que se llame así: *Nuestra Señora del Castillo*); la de la Presentación, de extraordinaria traza barroca; el convento de los Padres Franciscanos, abandonado ya hace algún tiempo como el palacio, y las ermitas que se reparten las cofradías de la Semana Santa, que son tres: la de Jesús Nazareno, en la que, según la historia, se reunió el cabildo del pueblo cuando el levantamiento contra el comendador; la de la Caridad, antigua enfermería y asilo para pobres; y la de San Sebastián, el patrón de Fuente Obejuna, levantada en el siglo xv, pero reconstruida a mitad del xx tras su destrucción a causa de un rayo el año antes de la guerra. Aunque la más curiosa de todas está extramuros del pueblo, dominando su perfil desde una loma y rodeada por la campiña de la que este vive desde que existe. Es la de Nuestra Señora de Gracia, de no mucho interés arquitectónico, pero famosa en toda la región porque sus muros están cubiertos por las fotografías de los soldados del pueblo que sus madres o sus novias llevan para que la Virgen les proteja. Un gran panel fotográfico que impresiona por lo insólito tanto como por sus dimensiones.

Fuera de esos edificios, Fuente Obejuna es una villa normal. Alzada sobre una loma («El cerro de los ladrones, / al que acuden los aldeanos / a pagar las contribuciones», dice la copla popular), se apiña en torno a su iglesia (antiguamente castillo), dejando que las casas se desparramen por las laderas del altozano hacia la campiña; una campiña cerealista que rodean encinares y dehesas en los que pastan miles de ovejas y numerosas piaras de cerdos negros que son la joya de la comarca. No en vano Fuente Obejuna, como las catorce aldeas que dependen administrativamente de ella (las de los aldeanos de las contribuciones), son los principales suministradores de cerdo ibérico para las fábricas de embutidos y de jamones no solo de la provincia de Córdoba, sino también de Huelva y de Salamanca. Y es que la globalización ha llegado también al cerdo de pata negra.

Pero Fuente Obejuna no sería nada sin las catorce aldeas a las que administra. Catorce aldeas diminutas surgidas de los antiguos cortijos que se

reparten el territorio de su término, el más extenso de la provincia de Córdoba, y que conservan aún el sabor y la vieja arquitectura de otros tiempos. Son pueblos blancos, humildes, que oscilan entre los 25 habitantes del más pequeño, Los Pánchez, y los más de 400 del mayor, La Coronada, y cuyos moradores, colonos todavía muchos de ellos de los terratenientes de Fuente Obejuna y Córdoba, sostienen con su trabajo no solo a estos, sino la economía de todo el municipio. Sobre todo desde que de un tiempo acá la minería de Peñarroya y de Pueblonuevo dejara de producir y de dar riqueza a este.

Así pues, en El Alcornocal, en Cuenca, en los Ojuelos Altos y Bajos, en Argallón o en El Porvenir de la Industria (¡qué bello nombre para una aldea!) es donde se encuentran hoy las esencias de una tierra que permanece prácticamente igual que hace siglos. Porque, a seiscientos años ya del levantamiento que hizo a Fuente Obejuna famosa en todo el país, las estructuras sociales de sus aldeas siguen siendo las mismas de aquellos tiempos, si bien que disimuladas por su progreso económico y su desarrollo. En lugar de pagar sus impuestos al comendador, ahora lo hacen a la Hacienda Pública, y en vez de trabajar para los terratenientes de Fuente Obejuna (la mayoría, porque todavía hay algunos que lo continúan haciendo), ahora trabajan para el Estado, lo cual explica que todavía haya gente que continúe viendo a Fuente Obejuna como el lugar al que acuden, como sus antepasados, a pagar las contribuciones a los ladrones, o al médico, o al abogado, que son lo mismo.

Pero Fuente Obejuna hoy no es ni la sombra de lo que fue. Mermada su población, como las de sus catorce aldeas, por el éxodo emigratorio de la segunda mitad del siglo pasado y trasladadas muchas de sus familias ricas a Córdoba, Fuente Obejuna hoy languidece aferrada a unas estructuras económicas que ya no sirven para mantenerla en pie. El decaimiento de la actividad agrícola junto con su alejamiento de cualquier ciudad importante (situada en una esquina de la provincia de Córdoba, la villa está a casi 100 kilómetros de la capital de esta y a más de 150 de Sevilla y de Badajoz, las de las dos provincias más próximas) han dejado a Fuente Obejuna al margen de cualquier área de expansión, perdida en medio de sus dehesas. Así que han de ser sus gentes las que, con sus propios medios, intenten superar una vez más el enésimo desplome demográfico que ha sufrido a lo largo de la historia.

Mientras tanto, cada dos años, aunque sea solo de forma simbólica, representan en la plaza de la villa, al pie de donde estuvo el castillo del

comendador del rey, la comedia de Lope a la que da nombre, lo que atrae a ella a muchos turistas. No será una representación muy buena comparada con las que hacen las compañías profesionales de teatro, pero tiene el interés de que son los propios vecinos, herederos de aquellos que protagonizaron los hechos que en ella se cuentan, los que los interpretan y que lo hacen en el lugar en el que ocurrieron. Orgullosos de su historia y su pasado a pesar de la decadencia en la que hoy se ven, los habitantes de Fuente Ovejuna se unen para recitar a coro aquellos famosos versos que inmortalizaron el nombre de su pueblo y lo hicieron famoso universalmente: «¿Quién mató al comendador? / Fuenteovejuna, señor. / ¿Y quién es Fuenteovejuna? / El pueblo, todos a una».

LA ESPAÑA IMAGINARIA

por Navia

En Babia (fotografías 1^[1], 2^[2], 3^[3])

Las Batuecas (fotografías 4^[4], 5^[5], 6^[6])

La ínsula Barataria (fotografías 7^[7], 8^[8], 9^[9])

Fuenteovejuna (fotografías 10^[10], 11^[11], 12^[12])

Esto es Jauja (fotografías 13^[13], 14^[14], 15^[15])

Entre Pinto y Valdemoro (fotografías 16^[16], 17^[17], 18^[18])

Por los cerros de Úbeda (fotografías 19^[19], 20^[20] y 21^[21])



1 <<



2 <<



3 <<



4 <<



5 <<



6 <<



7 <<



8 <<



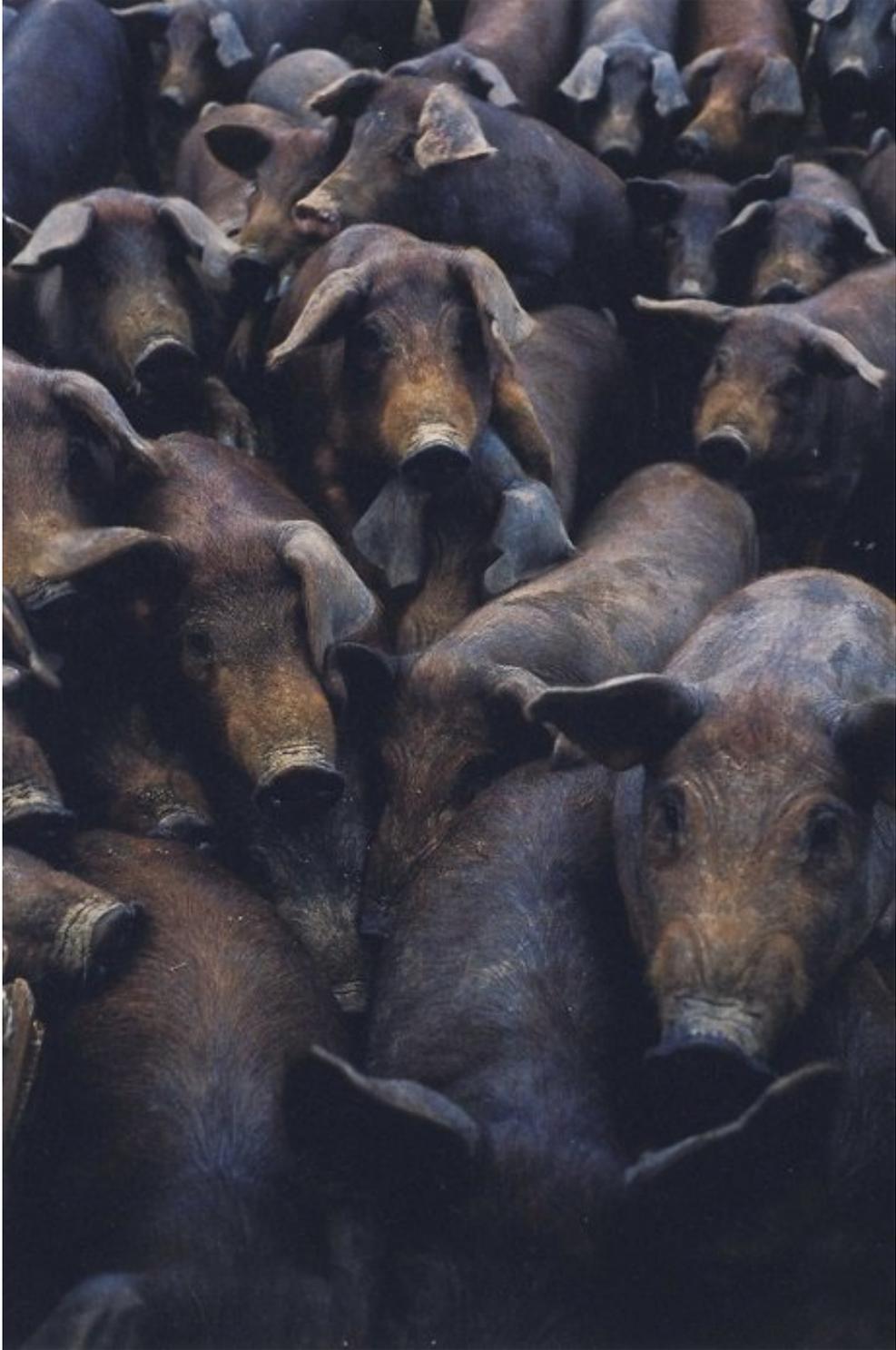
9 <<



10 <<



11 <<





13 <<



14 <<



15 <<



16 <<



17 <<



18 <<



19 <<



20 <<

